

# LA TRANSICIÓN

Recopilación de artículos (Vol. I)

# ÍNDICE

1. La transición en el laberinto de la memoria  
**Santiago Burutxaga.....1**
  
2. El movimiento ciudadano de la transición  
**Víctor Urrutia.....11**
  
3. Transición y república: no era tarea fácil, ni urgente  
**Josetxo Álvarez.....15**
  
4. Cuando nos hicimos mayores ( o puede que viejos)  
**Antonio Rivera.....20**
  
5. Transición y memoria histórica  
**Mikel Toral.....26**
  
6. Los despachos laboristas en el proceso de  
transición política (1970-1985)  
**Ignasi Doñate Sanglas.....29**
  
7. Cuarenta años después. Los fusilamientos del 27 de  
setiembre de 1975.  
**Gaizka Fernández Soldevilla.....37**
  
8. Revolucionarios, antifranquistas, demócratas  
**Mikel Toral.....39**

# La transición en el laberinto de la memoria

Santiago Burutxaga

Con esta reflexión de Santiago Burutxaga sobre la transición, enmarcada en su rica y comprometida trayectoria con la democracia, damos comienzo a esta nueva etapa. Ahora que se mira al pasado, buscando explicaciones y respuestas a lo que estamos viviendo, conviene dar voz a los que estuvieron en primera línea.

El año 1975 es la clave de bóveda entre dos periodos históricos cruciales para entender la reciente historia de España; los cuarenta años de dictadura y los casi cuarenta de democracia. En este caso el autor se centra en el ámbito cultural.

Este escrito se presentó en la mesa redonda sobre «la herencia cultural de los 60” dentro del seminario » Vanguardias culturales, actores políticos y escenarios sociales de 1968 a 2012 » organizado por la Universidad del País Vasco.

## La transición en el laberinto de la memoria

Vaya de entrada mi agradecimiento a los organizadores de este seminario, en particular a Imanol Zubero, que me invitó a participar en él. No soy muy dado a la mirada melancólica hacia el pasado, pero el pensar esta intervención me ha dado la oportunidad de volver la vista hacia atrás en el tiempo. Recordar aquellos años en que nos sentíamos jóvenes y bellos, entusiastas, espontáneos y con la pasión que daba la certeza de que todo era posible... Recordar todo esto, me ha resultado estimulante.

Creo que es mi obligación alertarles, desde el principio, sobre los riesgos de la memoria. La memoria es un laberinto plagado de trampas. Hay unos versos del poeta mejicano José Emilio Pacheco que dicen:



No tomes muy en serio  
lo que te dice la memoria.  
A lo mejor no hubo esa tarde.  
Quizá todo fue autoengaño.

La gran pasión  
sólo existió en tu deseo.

Quién te dice que no te está contando ficciones  
para alargar la prórroga del fin  
y sugerir que todo esto  
tuvo al menos algún sentido.

Como no tengo ni los recursos ni los métodos del sociólogo ni del historiador, no tengo más remedio que recurrir a mis experiencias y recuerdos, fragmentarios, subjetivos, para construir una semblanza de lo que fueron aquellos años que luego se llamaron de la transición. Nosotros, mi generación, no sabíamos que estábamos viviendo la transición, simplemente vivíamos nuestro tiempo con las escasas herramientas intelectuales y recursos que podíamos disponer en aquella sociedad temerosa y cerrada. Pretendo eludir las trampas de mi memoria, y para ello voy a mezclar en mi relato los recuerdos de las vivencias de aquellos años con la visión crítica que hoy tengo de ellos.

Son dos relatos paralelos y en muchos aspectos contradictorios. Espero que en la intersección de ambos puedan encontrar retazos de realidad y de verdad.

En los años 60 y 70 del siglo XX, la sociedad vasca y la española experimentaron rupturas y transformaciones radicales. El final de la dictadura franquista comenzó bastante antes de la muerte del dictador en 1975. Antes dije que no soy sociólogo ni historiador, mucho menos economista, pero si no partimos de algunos datos económicos y sociológicos, no se entenderá fácilmente porqué desde mediados de los 60 surge una generación que rompe con la herencia de sus padres que todavía mantenían vivo en recuerdo de la guerra civil, fuese como trauma de una derrota o como baluarte de una posición y unos valores logrados a sangre y fuego.

Casi seis millones de españoles cambiaron de lugar de residencia entre 1962 y 1975. Fue un enorme éxodo del campo a las ciudades en busca de una vida mejor que la creciente industrialización proporcionaba. El Régimen impulsó una modernización de la sociedad y de la economía que a la postre aceleró su propio fin. La mejora económica fue posible por la tímida apertura al exterior, la llegada masiva del turismo y las remesas enviadas por los emigrantes. La emigración afectó casi al 10% de la población activa. Junto con el turismo y la vuelta de los emigrantes vinieron también las ideas y la experiencia de que tras los Pirineos otro mundo era posible.

En el País Vasco la población aumentó entre el año 50 y el 70 en un 62%. Muchos de los debates identitarios que atravesarán la cultura vasca en esta época, tienen su origen en el sentimiento de minorización en su propio territorio que ya a finales siglo XIX había dado lugar al nacimiento del nacionalismo. Una cultura vasca reactiva más que abierta al mundo, en una época en la que la apertura era, por otro lado, inexistente por razones impuestas.

Imagínense el hacinamiento en las barriadas obreras, el chabolismo, un urbanismo de urgencia que para resolverlo, crea barrios enteros, una población que comienza a disfrutar de un mayor nivel de vida, que empieza a organizarse en asociaciones vecinales para reivindicar condiciones dignas de vida y de trabajo, un primer ecologismo cuando todavía no se ha acuñado el término... y un sistema político que tras cualquier demanda, ve la mano de sus enemigos y responde, por ejemplo, en 1969 en Erandio, disparando y matando a dos vecinos en una manifestación que protestaba por la insoportable contaminación ambiental. La mujer se incorpora en esta época al trabajo asalariado, la conflictividad laboral es creciente aunque los sindicatos sean clandestinos. Tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia que ha sido uno de los puntales de ese régimen que ha hecho de España un estado confesional, comienza a

distanciarse de él. Hay teología de la liberación, curas obreros, curas implicados en la oposición política al franquismo, obispos críticos, otros muchos, conservadores, curas nacionalistas, curas cuasi comunistas y curas detenidos y encarcelados, con la consternación en la feligresía que cabe imaginar.

Entre tanto, se ha producido la revolución cubana, los franceses han perdido la guerra en Argelia, y en cadena, África se descoloniza y va transformando su mapa, de forma que los países que habíamos aprendido en el libro escolar de geografía, ya no se llaman así. La juventud norteamericana se opone a la guerra del Vietnam y muchos se exilian para no incorporarse al ejército. En 1967 el ejército boliviano mata a Che Guevara y lo convierte en el mito revolucionario de nuestra generación y de las venideras.

Al año siguiente, 1968, los tanques soviéticos, acaban con lo que se llamó la primavera de Praga. Un poco antes, los estudiantes y obreros franceses han protagonizado el mítico Mayo del 68, cuya poética revolucionaria nos causará a los jóvenes que estamos ensayando nuestra rebeldía, un hondo impacto. En octubre del mismo año, una protesta estudiantil en Méjico es sofocada a tiros dando lugar a la matanza de la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, con una elevada cifra de muertes nunca hecha pública.

Entre tanto, estamos ya en la civilización del automóvil, el 600 primero y luego el 2CV, el 4L y el R5, se construyen autopistas como factor de desarrollo, y la misa dominical va dando paso a la excursión familiar al pueblo o a la playa. Las chicas alegran el oscuro y triste paisaje industrial con el redoble de sus tacones increíbles y sus minifaldas, los chicos lucimos, porque podemos, largas melenas. Algunos enterados debaten en la reunión de célula si la revolución habrá de darse desde el campo a la ciudad o viceversa. El fin de semana, compraremos quesos y fuagrás en Bayona, intentaremos pasar a la vuelta escondido El Estado y la Revolución de Lenin, o tal vez algo de Mao o Trotsky, y quizás entraremos, ya a comienzos de los 70, en un cine y veremos Emmanuelle o El último Tango en París, solo por criticar sus planteamientos pequeñoburgueses. Para finalizar este retrato impresionista, diré que hacía ya tiempo que los Beatles habían trastocado la idea que de lo que era la música ligera, que se decía entonces.

Este es el mundo de mi juventud, el del 68, cuando tengo 21 años y estoy estudiando en la universidad. Una universidad en permanente conflicto con el Régimen. La contestación tenía tal amplitud y la flexibilidad de la dictadura era tan escasa, que ya en 1965 el gobierno había decretado el cierre total de facultades. Era aquella una universidad incomparablemente más elitista que la que hoy conocemos, pero a la que comenzábamos a incorporar algunos hijos de familias modestas. Como los conflictos se agudizaban, en 1969, se declaró el estado de excepción en toda España.

En Euskadi conoceríamos varios más.

Cerrando la década, el proceso de Burgos en 1970 contra 16 miembros de ETA, de los que 6 fueron condenados a muerte, fue un acontecimiento que sacudió hondamente a la sociedad vasca, española e internacional y concitó la repulsa de sectores muy diversos.

Tengo una alerta roja en este punto de mis notas. Antes decía que la memoria es un laberinto plagado de trampas. Quizás sea como el juego de la oca, lleno de casillas peligrosas. Caes en el pozo de la complacencia, y puedes perder el juego. Todos los politizados de mi generación, afirmaban haber estado en París en el 68. Es falso, yo al menos, no estuve. Oyendo lo referido hasta ahora, puede dar la impresión de que todo el mundo era activamente antifranquista. Tampoco es cierto. Quienes a finales de los 60 o comienzos de los 70, entramos a formar parte de los grupos políticos clandestinos, comunistas en su mayor parte, éramos solo unos cuantos cientos. La mayor parte de la población anteponía la paz, la estabilidad y el orden a los valores de justicia, libertad y democracia. Incluso posteriormente, a mediados de los 70, cuando muere Franco, los estudios sociológicos muestran una sociedad bastante desmovilizada e indiferente. No todos estábamos en París en el 68.

Galopa, caballo cuatralbo,  
jinete del pueblo,  
que la tierra es tuya.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

Cantaba Paco Ibáñez estos versos de Alberti. Un himno que afirmaba la fuerza de la voluntad como motor de las grandes transformaciones que anhelábamos. Pensando en la urdimbre que tejió, al menos en mi caso, mi identidad cultural, creo que tuvieron más influencia los poetas que la novela realista de los años 50 y 60, la de Ferlosio, Laforet o Cela, incluso más que los latinoamericanos de esa época. El ansia de libertad que expresaban los poemas de Blas de Otero, Celaya, Aresti, César Vallejo, Juan Goytisolo, Miguel Hernández, León Felipe, entre otros, me acercaron emotivamente a las luchas sociales. Para muchos de nosotros, estética y política, cultura y política, eran la misma cosa. Para mí, la Revolución Rusa, más que Lenin, fueron Mayakovsky, Esenin, lo poco que pude leer sobre el teatro de Meyerhold o el Acorazado Potemkin, visto fervorosamente en algún cine club. La sociedad comunista tendría lugar cuando la voz de los poetas llenara estadios, como decían que hacía Evtuchenko en la Rusia

Soviética, que ya por entonces no era nuestro modelo. ¿Quién podía emocionarse con la pétrea imagen de Brezniev y los otros miembros de la gerontocracia soviética presidiendo la tribuna del desfile militar del 1º de Mayo en la Plaza Roja? Che Guevara, y las masas chinas reinventando la revolución con el Libro Rojo en las manos, sonrientes ante un fondo de banderas rojas desplegadas, y en un lugar preminente, el Gran Timonel Mao Tse Tung marcando el rumbo inequívoco de la historia, eso sí era poesía épica.

El libro fue una poderosa arma de combate contra la dictadura y también lo fueron las revistas. Censuradas, multadas, a veces secuestradas, Triunfo y Cuadernos para el Diálogo fueron la brújula que nos iba señalando la izquierda y la derecha en nuestro pequeño mundo. Fuimos aprendiendo a leer entre líneas, aprendizaje que luego me sería muy útil en el teatro. El público celebraba cualquier velada alusión a algo que tuviera que ver con el poder como una denuncia del Régimen, llegando a interpretaciones insólitas para quienes éramos los autores del texto. A finales de la década se multiplican las pequeñas editoriales, y con muchas limitaciones fuimos teniendo noticias de las vanguardias históricas y de las ciencias sociales. Alianza Editorial introduce el libro de bolsillo, y con ello su abaratamiento y popularización. Será un lento goteo que irá fraguando una cultura de vanguardia de izquierdas, progresista, en muchos casos superficial, pero que será el cambio cultural necesario para que se dé la transformación política de la década siguiente. En mi memoria, los 60 fueron una olla oscura y tensa en la que se fue cocinando la explosión de los 70, que sí fueron según transcurría la década, cada vez más una fiesta.

El franquismo, que no fue capaz de generar una cultura propia, perdió definitivamente la batalla cultural en los años 60. Cuando quiso ofrecer una imagen más abierta, de la mano de la política cultural e informativa de Fraga Iribarne, abrió una espita por la que le inundó un torrente incontrolable.

Llegué al teatro a través de la literatura. El teatro que hicimos a finales de los 60 y sobre todo en los 70, era un teatro huérfano de referencias, de maestros. Todos éramos autodidactas. Es difícil de entender, para quien no vivió esos años oscuros, lo escasa que era la información. La revista Primer Acto nos introdujo a Brecht, Artaud, el teatro radical norteamericano y otras vanguardias lejanas, pero era un conocimiento libresco, y el teatro es práctica artística. Alguien había visto algo en el Festival Internacional de Nancy y lo contaba. El Living Theatre, célebre grupo ácrata neoyorquino, se coló en una función en Bilbao, traído por Luis Iturri, del grupo Akelarre, probablemente porque al censor, Antígona, que era lo que representaban, le sonó a teatro clásico inofensivo. Akelarre agrupaba a la inquietud cultural progresista y liberal de la Villa. Ramón Barea, Alex Angulo y yo mismo,

junto con otros Cómicos de la Legua, optamos por la agitación, el teatro de guerrilla, o eso pretendíamos, como habíamos leído que hacían los yankys y los sudamericanos, Augusto Boal a la cabeza. Luego iríamos por otros derroteros más autóctonos.

Este seminario analiza las vanguardias y todavía no las he citado. Creo que es difícil identificar vanguardias en la Euskadi de los 60. Los cambios que se estaban produciendo en el mundo, a nosotros nos llegaron tardíamente en la explosión que tuvo lugar a mediados de los 70. Las rupturas en los lenguajes artísticos y los cambios radicales de valores en torno al arte y la cultura, tuvieron aquí una escasa implantación. Nos faltaba información y una trayectoria que había sido bárbaramente interrumpida con la guerra civil. Hubo intentos con escasa proyección y un puñado de realidades notables, sobre todo, en las artes visuales.

Los Encuentros de Pamplona, en el año 72, una rara avis en el desolado panorama de la programación cultural, mostraron lo lejos que estábamos los jóvenes inquietos de las preocupaciones, por ejemplo, de un John Cage. Vimos en aquella Iruña asombrosa, teatro Kathakali de la India y oímos también música tradicional de Irán y de Vietnam, y nos preguntábamos si aquello era o no progresista. No puedo resistir la tentación de relatarles una escena que recuerdo de aquellos encuentros que fueron el no va más de la tolerancia y condescendencia franquista con la modernidad artística internacional. Un artista conceptual, creo que argentino, cuyo nombre no recuerdo, presentaba su obra, lo que para mí no eran sino dibujos geométricos, líneas rectas y círculos, similares a los planos que dibujábamos en la escuela de ingenieros. La presentación transcurría en un lenguaje tan abstracto, tan abstruso, que un espectador, navarro seguro, no aguantó más y le interrumpió diciéndole que se dejase de zarandajas, que el arte lo que debía representar era la realidad de la vida y de las luchas del pueblo. A lo que el argentino, impávido, le contestó: “estoy totalmente de acuerdo con Vd, es exactamente lo que yo estaba diciendo”. La vanguardia y nosotros hablábamos idiomas distintos.

Ahora bien, si por vanguardia entendemos el actuar con la intención de transformar los parámetros creativos en un lugar y momento concretos, entonces casi todo fue vanguardia. Cantar en euskera era peligrosamente rompedor. Ez Dok Amairu surge como movimiento cultural en 1966. En Bizkaia no tendrá la repercusión que tuvo en Gipuzkoa. Este espacio de recuperación lingüística y cultural lo ocupará, sobre todo, Oskorri con sus letras reivindicativas, muchas de ellas poemas de Gabriel Aresti en sus comienzos.

El Quosque Tandem de Oteiza nos llevó por los caminos de la búsqueda de un alma vasca primigenia. Buscamos en el teatro, en la plástica, en la danza, la recuperación de una tradición que nos había sido negada pero que en

realidad, nos íbamos inventando cada día sobre la marcha. Nos hizo volver la mirada al entorno más próximo, al euskera y a nuestra historia, pero la búsqueda de una estética genuinamente vasca, visto hoy, tuvo mucho de ejercicio cultural de autismo antropológico al servicio de quienes querían convertirnos en un islote político-cultural sin vínculo alguno con los “opresores estados español y francés”. Más o menos conscientemente, las izquierdas autodenominadas consecuentes nos fuimos plegando a estos planteamientos. En este juego de la oca, nos fuimos cayendo en unos pozos que no tenían el agua que buscábamos. Seguimos con nuestro radicalismo, pero primero perdimos la batalla política y posteriormente, la cultural. La política frente al pacto que supuso la Transición entre el franquismo, los poderes económicos y lo que entonces llamábamos partidos reformistas. La cultural en Euskadi la perdimos los rojos frente al nacionalismo radical emergente, asumiendo de forma acrítica muchos de sus planteamientos de construcción nacional.

La democracia había llegado y no era eso por lo que habíamos luchado. No se cuestionaba el sistema socio-económico, y la política era un juego cuyas reglas las regulaban las clases dominantes. Los aparatos del estado, la odiada policía y el ejército permanecían intactos. La monarquía nos sonaba a película de Sisí emperatriz, y las instituciones se estaban llenando de nuevos demócratas de los que nunca habíamos tenido noticia, nosotros, que nos la habíamos jugado, que habíamos hecho de la militancia y la entrega un sacerdocio en aras de una sociedad justa y libre. Nosotros -y nosotras- que habíamos incorporado nuevas maneras de pensar, de actuar, de vivir, que habíamos ensanchado las fronteras del pensamiento clásico de la izquierda, incorporándole nuevos frentes emancipadores como el feminismo, el antimilitarismo, la ecología, la libertad de orientación sexual....

La Transición supuso rápidamente para estas vanguardias sociales, un gran desencanto, la constatación de que su lucha iba a ser larga y de que las mayorías se iban acomodando a lo existente. En los 80 se cierra un capítulo, el sueño de las grandes transformaciones, y da comienzo la revolución conservadora, la de los Reagan y Thatcher. En la sociedad española se fue extinguendo el pensamiento vinculado a una radicalidad crítica. El pensamiento débil, relativista y acomodaticio, se va imponiendo.

La contracultura ha muerto. Ya a finales de los 70 escribe Savater que “la contracultura no es más que un invento de snobs americanizantes, incapaces de aceptar el reto de esfuerzo y dolor que plantea el verdadero pensamiento; que no es un movimiento espiritual o intelectual, sino un stand en la sección de juguetería del supermercado cultural; que, en el dos por ciento que tiene de valioso e interesante, es cultura tan cultura como cualquier otra cultura que en el mundo ha sido y que el resto... el resto es

silencio”.

La dimensión de ruptura, crítica, de protesta fue dando paso, también en la cultura, a los discursos de reconciliación y no violencia. Se dio un proceso de normalización e institucionalización que fue creando una “sociedad de la cultura” que no entraba en conflicto con la democracia existente. El socialismo gobernante en los años 80, realizó grandes inversiones en infraestructuras y en la modernización de las industrias culturales, convirtiendo a la cultura en el escaparate de la nueva España que mostraría en el 92. Pero esta es otra historia que hoy no toca contar.

Nosotros, cuando digo aquí nosotros me refiero al EMK, Movimiento Comunista de Euskadi, a su frente cultural, nos quedamos gritando en los muros y en los escenarios improvisados en cualquier cruce de calles. Nació con las primeras elecciones democráticas del 77, la magnífica cartelera política y de denuncia social del EMK. Sea porque queríamos ganarnos a la opinión pública, no quedarnos aislados, o demostrar que los comunistas éramos tan patriotas y humanos como el que más, nos presentamos el año siguiente a un concurso promovido por El Corte Inglés para idear una fiestas para Bilbao, como las que ya había en tantos pueblos, barrios y ciudades. Lo ganamos utilizando el seudónimo de un juerguista organizador de carnavales y procesiones del siglo anterior apodado Txomin Barullo, y nació Aste Nagusia. Bilbao necesitaba una fiesta y nosotros, con otros muchos que se sumaron, se la dimos. Imagínense el asombro de aquel ayuntamiento, todavía franquista, al que se presentan unos comunistas diciéndole que no solo han ganado un concurso de ideas, sino que pretenden llevarlas a la práctica. Hacemos un llamamiento al todo Bilbao cultural para decidir en asamblea, como debía ser, una comisión y nos ponemos a la tarea. Llegado agosto, alcalde y concejales se van de vacaciones para no ver cómo los comisionados acampamos en los despachos municipales y en dos ó tres semanas finalizamos la organización de la primera, histórica, y evidentemente irrepetible Aste Nagusia de 1978.

Luchamos luego años por defender ese modelo de participación ciudadana y corresponsabilidad con la institución municipal, que nos echaba un pulso por el control que cada vez era más complicado sostener.

En una de las primeras ediciones de Aste Nagusia, un conocido periodista de Bilbao resumía sus impresiones de la fiesta diciendo: “Marijaia hace milagros. Bajo su inspiración son capaces de cantar juntos, e incluso la misma canción, un batasuno y un ezkerro, un socialista y un peneuvero”. Unos años más tarde, a finales de la década de los ochenta, el mismo cronista advertía en un artículo, de los peligros de “una fiesta única, en un escenario único y con un objetivo único”-“una patria, un imperio, un jefe”-, decía citando a Hitler, al tiempo que sentenciaba que a quienes practican “una concepción mugrienta de la política y la sociedad, no les entran en la

cabeza ciertas medidas de higiene y seguridad”

Diez años más tarde, la ciudad era otra y la sociedad también. Había un alarmante nivel de paro y altos porcentajes de drogadicción y alcoholismo entre los “jóvenes desmotivados, sin protagonismo social, sin perspectivas, consumidores de una cultura de masas que es pura mercancía efímera para sujetos pasivos, homogéneos, fans”, como decíamos entonces en un análisis sobre el fin del cuento de hadas festivo.

En EMK coincidimos un aguerrido grupo de activistas culturales: músicos, actores, publicistas, dibujantes... Muchos eran valiosos ya en lo suyo, pero juntos éramos una poderosa arma de destrucción masiva. En los espectáculos de Txomin Barullo y en las campañas pseudoelectorales del EMK Zirkus, sometimos a la sátira mordaz el sistema político, la iglesia, la monarquía, el ejército, la policía y cuanto acontecimiento institucional provocó nuestra atención. A lo largo de 20 años, hasta 1998, fuimos perfeccionando el arte de retorcer las palabras para que destilasen toda su carga ácida y desarrollamos un humor político muy eficaz a base de performances, canciones y sketches. Pensábamos que si a la gente le interpelábamos en cualquier esquina y le colocábamos nuestro mensaje, lo menos que podíamos hacer a cambio era divertirla. La campaña en la que Txomin Barullo simuló presentar a la alcaldía a un candidato vestido de armadura, un Hombre de Hierro para una ciudad de hierro, la vez que convertimos los carnavales en una cofradía de semana santa con un injurioso Cristo crucificado, junto con los esperados noticiosos de Aste Nagusia, están entre lo más logrado del colectivo. Lo del Cristo provocó para nuestro regocijo, valga la redundancia, un enorme cristo. No todo fue política. Engrasada la maquinaria del activismo contracultural, cualquier idea sarcástica era bien venida en aquellos años de activismo, hoy difícilmente imaginable, cuando se podían movilizar un centenar de militantes políticos “revolucionarios” para realizar una inocentada el 28 de diciembre, simulando ser un coro alemán que cantaba villancicos del siglo XVIII.

Euskadi era todavía una fiesta, o así lo queríamos ver entonces. Una fiesta recia, hecha de alegría y combate, de kalimotxo y algarada, de exaltación de la vida y de muerte. Porque algunos morían y otros mataban. Había pozos sangrientos en el juego de la oca. Algunos próximos volaron en pedazos por efecto de las bombas con las que pretendían liberar al pueblo de la explotación capitalista y sus miserias. No se preguntaron si este lo deseaba o si se lo había pedido. Antes me dejé algunos versos del poema de Alberti:

¡A galopar,

a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;

que es nadie la muerte si va en tu montura.

No todo fue una revolución poética. La generación que nos adentramos en las postrimerías del franquismo en esa jungla político-cultural, lo hicimos con muy pocas herramientas. Teníamos tan mal conocimiento de la realidad que podíamos fácilmente ser sugestionados por alucinaciones colectivas. Conocíamos la realidad solo por lo que habíamos leído. El pueblo y la clase obrera y la revolución eran conceptos literarios, y las representaciones míticas hacían de pantalla que impedía ver lo que realmente ocurría a nuestro alrededor. El voluntarismo sin límites, la convicción sin contraste de que se poseía la verdad y un nulo sentido y respeto de la complejidad democrática, hacían que en nombre de la lucha contra el sistema, cualquier cosa fuese justificable. En el otro platillo de la balanza, teníamos bastantes dosis de sentido común cuando el dogma ideológico no lo estropeaba, una generosidad encomiable y una gran solidaridad en aquellas “comunidades de acción y de ideas”, como las ha definido Eugenio del Río, que fuera uno de sus líderes e ideólogos. Comunidades en las que el individuo pesaba poco.

Es lo que recuerdo de aquellos años. Espero haber sido honesto con mi memoria.

Comencé con unos versos y voy a concluir con otros del poeta chileno Pablo de Rokha:

y nosotros nos acordaremos  
de todo lo que no hicimos  
y pudimos y debimos y quisimos hacer,  
como un loco asomado a la noria vacía de la aldea,  
mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud  
en la ancha ráfaga del crepúsculo,  
que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

# El movimiento ciudadano en la transición

Víctor Urrutia (Catedrático de Sociología Urbana de la UPV/EHU)

Movimiento ciudadano, movimiento vecinal o movimientos sociales urbanos (MSU) son los tres conceptos más extendidos para denominar a uno de los procesos asociativos más significativos y políticamente innovadores de la ciudades desde el posfranquismo (1966) hasta el comienzo de la democracia municipal en España (1980).

Aunque en estas notas me referiré a este período, un poco más amplio que el asignado a la Transición, quiero señalar dos evidencias:

1. Una actual: el Movimiento Ciudadano es hoy un movimiento todavía vivo.
2. Otra “antigua”: en aquellos años de la dictadura, el Movimiento Ciudadano no fue un hecho aislado. Fue eco de otros movimientos similares que se registraron en otras ciudades europeas (francesas e italianas principalmente).

La relevancia y potencial político del Movimiento Vecinal adquiere mayor visibilidad en la recta final del franquismo y en el inicio de la construcción democrática, una vez cerrado el proceso electoral que culminó con las elecciones municipales de 1979. En este período, que puede estimarse aproximadamente entre 1975 y 1979, las grandes ciudades españolas fueron testigos de toda una serie de luchas urbanas que constituyen un hito de la historia local contemporánea.

Es un capítulo imprescindible para comprender no sólo la transformación social del país sino también cómo se gestó la Transición en su conjunto. Es más, el movimiento ciudadano español constituye, junto con el movimiento obrero, una experiencia histórica singular en la medida en que apenas han existido casos de desarrollo de tales movimientos de masas en las condiciones de represión política y social, propias de la dictadura franquista .

Para hacernos una idea cabal del potencial asociativo del movimiento vecinal, de su extensión en el Área Metropolitana de Bilbao, detallo a continuación algunos datos:

Asociaciones de Vecinos y socios inscritos en el A.M. (1980)			
Zona	Registradas	Activas	Socios
Bilbao	33	30	11547
Margen Izquierda	30	27	8537
Margen Derecha	10	6	1702
Ibaizabal	12	10	3156
Total	85	73	25142

En otras palabras, no existía otro movimiento u organización social más potente que el movimiento vecinal. Eso explica su papel como condicionante de las decisiones municipales desde la muerte del dictador (1975) hasta la constitución de las primeras corporaciones democráticas en 1979. E incluso después de esta fecha hasta el asentamiento de los partidos políticos en la gestión municipal durante la primera legislatura (1979-1983). ¿Qué aportó a la democracia, a la cultura cívico-participativa de nuestras ciudades y cuál es su legado en este siglo XXI?

Sin ánimo de exhaustividad, señalo varios aspectos destacables de este legado:

- Aunque pequemos de reiteración, debemos afirmar que el movimiento vecinal no fue algo marginal. Tuvo, como se puede comprobar en el cuadro anterior, una penetración territorial amplísima. No hubo zona o barrio del área metropolitana que no contara con una asociación, con una organización de base dispuesta a reivindicar las demandas planteadas por los vecinos.
- El Movimiento Ciudadano, abrió el camino de las prácticas democráticas de la participación cívica. Fue, como se decía entonces, auténtica plataforma de “escuelas de democracia”, creador de una cultura cívica que facilitó el encauzamiento de todo tipo de problemas vecinales: carencia de centros escolares, centros de salud, infraestructuras, transporte y contaminación. No fue fácil encarar estos problemas con un sistema represor y sin disponer de recursos materiales o económicos por parte de las asociaciones. Por ello tuvo más mérito que otros movimientos urbanos europeos que se movían en contextos democráticos.
- Más allá de su incidencia política como movimiento antifranquista, el Movimiento Ciudadano fue el precedente más sólido del Movimiento Ecológico. La búsqueda de una mejor calidad de vida urbana constituyó uno de los detonantes de la conciencia medioambientalista que hizo frente a las altas cotas de contaminación del aire (por ej. los casos de Baracaldo, Leioa o Erandio), la del agua (ría del Nervión). La térmica de Santurtzi, Sefanitro de Baracaldo, Dow-Chemical en Leioa-Lamiako y otras muchas fábricas fueron objeto de protesta vecinal por la carencia de controles administrativos en sus emisiones de gases que, en la década 1967-77, hicieron de las Asociaciones Vecinales las pioneras del ecologismo. Habría que añadir, otras acciones tales como la presión contra el vertedero de Artigas (Recaldeberri) y el proyecto de la central nuclear de Lemómiz.

- Los MSU contribuyeron a la socialización político-cultural y a la cohesión de los barrios. Todo ello en un contexto de confluencia de intensos procesos de inmigración y urbanización (1965-75). Procesos en los que la población rural fue llegando a las ciudades en condiciones críticas. La defensa de los intereses colectivos protagonizada por las Asociaciones de Vecinos, al margen de su eficacia reivindicativa, generó en la ciudadanía un estímulo colectivo por los asuntos públicos y potenció la integración comunitaria de los barrios. En torno a ellas coincidieron movimientos eclesiales de base, activistas culturales y deportivos, profesionales, etc. conformando las primeras redes de acción cívico-política.
- Este factor adquiere un carácter singular en el País Vasco, dada su segmentación social, sus códigos culturales y la intolerancia heredada del franquismo y la represión política. Sólo en una época tardía, iniciada ya la etapa democrática, el nacionalismo vinculado a Batasuna intentó controlar un sector del movimiento vecinal y el PNV, en el caso de Bilbao, creó una red alternativa basada en los batzokis para contrarrestar el peso de las Asociaciones,

El progresivo desarrollo de la democracia alteró cualitativamente la estrategia de los MSU y su articulación política en un doble sentido: con las instituciones democráticas y con sus bases sociales.

La “llegada” a la democracia no respondió de forma homogénea a las expectativas que de ellas se habían trazado las fuerzas políticas que lideraban los MSU. La posibilidad de alcanzar “la sociedad socialista” se mantuvo hasta el inicio de los primeros procesos electorales de la democracia. Por otra parte, el bienio 1977-79 que distanció las elecciones generales de las municipales, abrió en varias ciudades un “vacío de poder” contribuyendo a reforzar el peso del movimiento vecinal frente a las corporaciones predemocráticas especialmente en aquellos ámbitos que afectaban a proyectos urbanísticos de los distritos y barrios periféricos.

Así pues, aquellas expectativas ideológicas y el propio proceso de transición política proyectaron en la década de los ochenta, “modelos de integración ciudadana” diferenciados.

En los lugares en los que los gobiernos locales fueron regidos por fuerzas de izquierda, la incorporación de las reivindicaciones vecinales a los programas municipales fue inmediata o relativamente rápida. En estos casos, la articulación política entre MSU, instituciones y base social se produjo sin grandes problemas. Por otra parte, el trasvase de líderes vecinales a los cuadros políticos del PSOE o del PCE provocó un vaciamiento en la dirección de las organizaciones vecinales y, consecuentemente, una pérdida de capacidad de movilización y de crítica frente a las nuevas corporaciones democráticas. Así, podemos hablar de una

“reubicación” o transferencia de roles políticos en gran parte de los cuadros ciudadanos que pasaron a reforzar las nuevas instituciones democráticas, contribuyendo, desde los partidos políticos, a la construcción de los gobiernos locales.

En líneas generales, con la normalización democrática, se estableció un doble proceso interactivo:

a). Desde las instituciones locales que asumieron el conjunto de las reivindicaciones vecinales, el respeto hacia las asociaciones interiorizando la “idea de la participación ciudadana” y priorizando las políticas urbanas en los barrios periféricos de las ciudades.

b). Desde las organizaciones ciudadanas que moderaron sus objetivos y actitudes hacia las instituciones, admitiendo “su cota de representación cívica”.

De la interacción de estos procesos, de la mejora de la calidad urbana de nuestras ciudades y de la creación de nuevas redes asociativas –en un contexto de cambio generacional y consolidación democrática- el Movimiento Ciudadano fue cediendo el protagonismo a otras reivindicaciones y organizaciones sociales. El fruto del esfuerzo de miles de ciudadanos anónimos, los que apoyaron y participaron en él, ha quedado patente en la historia de nuestras ciudades.

En otras palabras, el legado que hemos heredado ha sido y es: su contribución al bienestar de la ciudadanía haciendo efectivo el derecho a la ciudad, el ejemplo de su lucha por la igualdad social en los barrios y pueblos, y la creación de una conciencia cívica que, desde las generaciones que hicieron posible la democracia, se ha transmitido a las actuales.



# Transición y república: no era tarea fácil, ni urgente

Jose txo Álvarez (Maestro. Colectivo republicano de Euskal Herria)

Udaberriko euritan  
Larrosak pizten ikusiz...  
...Antilak zintzilik daude  
Argazkien paretetan..."

X.LETE

En poco tiempo, hemos pasado de una visión de la Transición, en la que era el ejemplo para cualquier proceso democrático en el Planeta a otra de descalificación, hoy es imposible escuchar un discurso de izquierdas que no estigmatice el régimen del 78. La crisis actual del sistema (¿o de sus gestores y gestoras?) ha traído a la palestra aquella transición, dónde también estábamos sumidos en una crisis ética y económica.

La primera vez que voté fue el 25 de octubre de 1979 puedo recordar que en el 77 el grito común era Libertad, Amnistía, Estatuto de Autonomía, la palabra República ni se mentaba en mi entorno. Pero también que todavía había miedo a los ultras, se pensaba que se iba a producir una involución o una intervención del ejército "custodio celosos de la conciencia nacional". Eso sí defendimos Ez, ez ez konstituzio honi ez con ardor juvenil. En una entrevista el poeta Caballero Bonald comenta, acertadamente en mi opinión, que la Transición fue un apaño, una compostura de urgencia: la derecha cedió algo para no perder nada y la izquierda aceptó algo para no perderlo todo, lo que se llama una soldadura de ocasión, no había un proyecto de futuro solvente y las cosas salieron bien por casualidad, y reglón seguido añade No escribí la tercera parte de mis memorias porque precisamente del 75 al 82 fueron años muy violentos: los desmanes de la ultraderecha y la ultraizquierda...

¿A alguien se le puede ocurrir que el instrumento que vertebra nuestra convivencia y bienestar en Euskadi, el Estatuto de Gernika, es de origen franquista? Evidentemente: no. ¿Qué buscaban, qué pedían los ciudadanos hace 40 años, en 1975? Aquella no era una sociedad aislada, muchos ciudadanos siguieron teniendo conexión exterior, había visto la evolución de la izquierda en Europa, aunque estuviera prohibida en España, eso por ejemplo facilitó que el PSOE no fuera un desconocido y conectara con importantes sectores de las clases trabajadoras que lo votaron para sorpresa. ¿Dónde estaban las voces republicanas?

En España los procesos institucionales republicanos han sido breves, y no porque no haya habido suficientes republicanos y republicanas lo que no ha habido suficientes han sido repúblicas explica Salvador López el autor

del libro *El republicanismo. Una pasión política*. El republicanismo había sido una cultura política, un movimiento social y, en este país, enraizada en la vida del país. Asegura el autor que el republicanismo se agosta en 1939, el árbol revolucionario de la libertad republicana, que había sobrevivido a las represiones, los exilios temporales, las derrotas políticas, las descalificaciones,... durante los cien años previos no pudo resistir con eficacia su traslado a tierras extrañas a lo largo de cerca de cuatro décadas. Aunque también ocurre lo mismo a los homólogos europeos en Portugal, Italia o Francia. La entrada de las tropas franquistas en una población suponía la destrucción de la cultura republicana, en Bilbao fue clarísimo, lo primero que hicieron fue destruir el monumento de los auxiliares de Mallona y ocupar los locales del Sitio. El franquismo se ocupó de estigmatizar al republicanismo como la anti-patria y el caos, la guerra civil, durante los 40 años de dictadura, día y noche.

También es verdad que en la Transición se ejerció prohibición expresa sobre el republicanismo, en las primeras elecciones democráticas, aquellas a las que ya pudo presentarse un PCE, no contaron con formaciones abiertamente republicanas dado que estaban ilegalizadas. De hecho, los primeros 14 de abril en democracia no pudieron celebrarse legalmente. La sociedad española admitió el castigo político al republicanismo histórico.

¿Para los grandes partidos de izquierda la renuncia a la idea republicana fue un pago menor? ¿Se hizo de avestruz? ¿Qué opción tomaron? En un primer momento PSOE y PCE tuvieron una posición clara frente al heredero de Franco nombrado en julio 1969. Santiago Carrillo, anunció que en la historia española el monarca quedaría como “Juan Carlos el Breve”, una expresión ampliamente compartida entonces por casi toda la oposición democrática.

La posición teórica del PSOE, fue clara, el 11 de mayo de 1978 se debatió en el Congreso el último párrafo del artículo 1º del anteproyecto constitucional. El Grupo Parlamentario Socialista hizo la defensa de su voto particular sobre la forma política del Estado. Gómez Llorente defendió “por lealtad con su electorado”: “ni creemos en el origen divino del Poder, ni compartimos la aceptación de carisma alguno que privilegie a este o a aquel ciudadano simplemente por razones de linaje. El principio dinástico por sí solo no hace acreedor para nosotros de poder a nadie sobre los demás ciudadanos”. Y recordó cómo la monarquía que en aquellos momentos ocupaba la jefatura del Estado lo hacía por deseo de Franco. Los socialistas, conscientes de la fragilidad del proyecto democrático, con su postura “no pretendemos fragilizar el nuevo régimen”, pero destacaron que creían en la República por una serie de valores que fue detallando: racionalidad, el mandato popular, los límites de tiempo y poderes frente a “las magistraturas vitalicias, y más aún las hereditarias”... o como porque

“ninguna generación puede comprometer la voluntad de las generaciones sucesivas”. «Ved, Señorías, que en España la libertad y la democracia llegaron a tener un solo nombre: ¡República!«.

El PCE de entonces ya había dado por válida a la Monarquía un año antes. En la reunión del comité central ampliado del PCE (15 de abril de 1977) destellaba una bandera roja y gualda a la vez que se manifestaba la promesa de apoyo a la Monarquía. Y, en sus «Memorias», Santiago Carrillo recalca: «Manifesté, sin ambages, nuestra aceptación de la monarquía parlamentaria y constitucional [...] afirmé que la izquierda debía apostar por un rey joven...» El pilar de su argumentación residía en que si buscaba la República podía terminar perdiendo la democracia

La pregunta clave de aquel momento no era ¿Monarquía o República? En 1975 el pleito no resuelto eran las libertades y colocar a España en Europa. Pero tampoco hubo una renuncia de la izquierda, sino que aunque con errores (alguno grave como el de los asesinados) se dio prioridad al acuerdo, al consenso. Es claro que no había hegemonía social del republicanismo, aunque la transición facilitó un espacio de libertad, igualdad y fraternidad. El problema se produce hoy en día cuando la política de PP ¿rompe ese espacio común de convivencia?

#### El consenso, el acuerdo y memoria

Cualquier régimen necesita de la Convivencia y de convenciones aceptadas por las dos Españas. Precisamente la contraposición al pacto lastró a la IIª República, donde cada cambio de partido gobernante venía acompañado de una Amnistía. Se necesita del consenso para establecer la bases, evidentemente en el desarrollo debe haber contraposición, pero es necesario compartir lo básico, el marco. Esa idea fue clave en la España de mediados de los años setenta. En principio se considero que la existencia pacífica tenía un valor superior. Manuel Azaña, el 12 de julio de 1937, había escrito en su diario, como parte de una larga conversación con Pedro Corominas: «Los españoles tendrán que convencerse de la necesidad de vivir juntos y de soportarse a pesar del odio político». «Ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario». En la Transición media España tenía miedo de la otra media.

La democracia es la ecología de la política, conformada por los ciudadanos y sus relaciones. El valor de los acuerdos se establece en el funcionamiento de la casa (oikos). Para ello se necesita de un cemento que es el acuerdo, no el pleito. La construcción democrática es consenso y eso se entendió en 1975. La democracia, no es una herencia, ni una historia, es una elección de vivos. Ayer y hoy, la auténtica vieja política es la franquista, la que hizo durar la guerra 1975: el enfrentamiento interminable basado en la venganza. Aunque quizás, el purismo del camisa vieja falangista no nos ha abandonado ¿se pretende acabar con el acuerdo como modo de hacer

política? El populismo fácilmente nos puede conducir a la tiranía. Acordar, no es claudicar unos u otros, si no negociar, para lo que es necesaria la voluntad de hacerlo. La intransigencia y el purismo no son símbolos de honradez, si no de intolerancia y sectarismo.

Entre los errores cometidos en la Transición, es imprescindible destacar uno grave: pasar de página sin haber leído la anterior. Se pretendió cerrar el pasado en falso, mientras la memoria de unos permanecía en las paredes de las iglesias, la de otros se abandonó en las cunetas. El intento de exterminio de la República por parte del franquismo fue extremadamente cruel y sanguinario y no se debió pasar por alto la impunidad del franquismo que se coló en la transición. Hoy todavía es necesario recoger la historia para conducirlos a una reconciliación y un perdón de verdad. La Ley de Amnistía también defendida por la izquierda prohibió juzgar los crímenes del franquismo y ahí empezó el ciclo de la impunidad.

Así expresaba Marcelino Camacho la posición de la izquierda en el Congreso, el 14 de octubre de 1977 en el debate de la Ley de Amnistía “Nosotros considerábamos que la pieza capital de esta política de reconciliación nacional tenía que ser la amnistía. ¿Cómo podríamos reconciliarnos los que nos habíamos estado matando los ‘unos a los otros, sino borrábamos ese pasado de una vez para siempre? Para nosotros, tanto como reparación de injusticias cometidas a lo largo de estos cuarenta años de dictadura, la amnistía es una política nacional y democrática, a la única consecuente que puede cerrar ese pasado de guerras civiles y de cruzadas. Queremos abrir la vía a la paz y a la libertad. Queremos cerrar una etapa; queremos abrir otra. Nosotros, precisamente, los comunistas, que tantas heridas tenemos, que tanto hemos sufrido, hemos enterrado nuestros muertos y nuestros rencores. Nosotros estamos resueltos a marchar hacia adelante en esa vía de la libertad, en esa vía de la paz y del progreso..... pero hoy no queremos recordar ese pasado ; hemos enterrado, como decía, nuestros muertos y nuestros rencores.

La memoria histórica exige su propia vigencia, no puede olvidarse de las víctimas del franquismo, de tanta gente enterrada por las cunetas. Pero tampoco hubo un olvido impuesto, la memoria se pasó a todos, incluido la izquierda revolucionario. Uno de los peligros de la revisión histórica que se propone hoy, desde lo que fue en su día la izquierda revolucionaria, está en reescribir lo que pasó, incluso variando las posiciones de aquel momento. Ésta fracasó, pero no por su ilegalización, si no por su fragmentación, y una parte de sus líderes terminaron en el PSOE.

La transición se hizo con la correlación de fuerzas de aquel momento, pero también con generosidad, en las que hubo aciertos y errores, logros y renunciaciones. Entre ellas la República, pero no las ideas republicanas. Entonces no era fácil, ni urgente la República. El reto hoy en día del movimiento

republicano, si existe, es que se visualice la República como el sistema regenerador de España, el que puede restituir ese espacio común de convivencia que ha desmantelado el gobierno del PP.



## Cuando nos hicimos mayores (o puede que viejos)

**Antonio Rivera (Catedrático de Historia Contemporánea de la UPV-EHU)**

A diferencia de los ciudadanos de otros lugares, los de mediana edad de Vitoria y Álava, cuarentones y cincuentones ya, sabemos cuándo empezó nuestro tiempo. Es un lujo que no todos se pueden permitir. Nosotros pertenecemos a un corte de edad amplio que reconoce que un día, como colofón dramático de un más largo proceso, empezó su existencia social. Ese día fue un 3 de marzo de 1976, una fecha fundante, seminal, cuando, a la vez que moría un dictador e iba desapareciendo su dictadura, nosotros inaugurábamos una oportunidad histórica a la que encomendábamos históricas cuentas pendientes. Poníamos nuestro dramático granito de arena a una democracia anhelada y futura a la que exigíamos una semántica, unos contenidos, posiblemente demasiado ambiciosos.

No era la primera vez que esto pasaba en la historia. Una de cada dos o tres generaciones tiene la ocasión de asistir a uno de estos acontecimientos fundacionales de su existencia colectiva. Entre 1930 y 1931 tuvieron esa oportunidad. Aquellos pasaban de una monarquía caduca y tramposa a una república que significaba más que un cambio en la forma de gobierno. Nosotros pasábamos de una dictadura a una democracia que significaba más que el gobierno de la mayoría. En aquel nuevo trasunto de las tinieblas a la luz, para nosotros era una coyuntura factible para que el pueblo lo gobernara todo y para que todos los problemas que habían estado esperando solución, del pueblo, como colectividad unánime, la encontraran. Si ellos tuvieron su 12 ó 14 de abril, nosotros tuvimos nuestro 3 de marzo. Si los demás rebuscan en el denso y complejo calendario de la Transición un punto de partida, nosotros sabemos a ciencia cierta cuál fue, cuándo terminó un tiempo y comenzó la oportunidad de otro.

Quizás alumbramos la expectativa a un exagerado nivel. La huelga que empezó en Forjas después de Reyes y que fue enganchando a casi todas las demás medianas y grandes factorías se desarrolló en un ambiente revolucionario en sus recursos, más que en sus auténticas posibilidades. La democracia directa se impuso por muy diversas y confluentes razones. De todas las formas de democracia, es la más fácil de comprender y hacer propia, la más inmediata y la más propia del pueblo. La asamblea y la representación revocable y mediante mandato es el procedimiento que se impone cuando las camarillas son todavía prematuras o débiles, o cuando éstas necesitan un impasse, un tiempo muerto para resolver cuál triunfa sobre las demás. La democracia directa resultó así un intermedio estratégico forzado, donde las vanguardias quedaban expectantes y donde el pueblo obrero se beneficiaba de su cercanía. La autoorganización, la

autogestión generalizaba era posible. Los viejos decían haberlo visto en aquel “corto verano de la anarquía”, en unos pocos meses del 36 y del 37. Los vitorianos de mediana edad hoy lo vimos en aquel soleado invierno del 76.

Insisto en que los medios eran los revolucionarios, más que las posibilidades. Pero entonces los fines se justificaban y dignificaban por el tipo de medios con los que se caminaba hacia ellos. Justo como ahora, pero al revés. Eso sí que le confería una cierta condición revolucionara al instante, y así lo creímos. Luego supimos y confirmamos que las situaciones revolucionarias son, por definición, provisionales. No hay ningún cuerpo físico –mucho menos social- que viva en la permanente revolución. De hecho, “revolución permanente” es solo el título de un libro y de una intención, de un revolucionario (a la postre) también fallido. En la naturaleza física o social, o bien el cuerpo flaquea después de dar tantas vueltas o bien el correspondiente Brumario de las fuerzas contrarias interrumpe su impulso, imponiéndose la rectificación o, también a veces, el provisional punto intermedio.

De hecho, el 3 de marzo del 76 no fue tanto un Brumario como “simplemente” el instante del golpe contra los agitados que devuelve a éstos a la realidad al (de)mostrarles la existencia de un opositor poderoso y beligerante. El Brumario es un proceso de rectificación y de asentamiento de un orden que, sin ser el revolucionario, todo lo contrario, sí que tiene en cuenta lo ocurrido en ese instante de cuestionamiento general. El Brumario, entonces, llegó con la democracia. No aquella directa y de base, ilusoria y sin límites, sino la formal, constitucional, representativa, ordenada y de partidos (y de sindicatos).

La Transición a la democracia ha sido en España un tiempo un tanto inconcreto y difícil de fechar en su arranque y en su conclusión. Es todavía motivo de debate entre los historiadores. Resultó y resulta un periodo aparentemente contradictorio. Solo aparentemente. De un lado produce una cierta desazón porque las expectativas importantes, casi absolutas, intangibles, y los logros importantes, pero concisos y a la vista, indican que mucho cabello nos dejamos en la gatera. Visto en perspectiva, igual que revolución es un cambio acelerado y cualitativo de las cosas, transición es un paso más o menos ordenado de un sistema a otro. La Transición a la democracia “solo” era el paso de una dictadura a una democracia. A una democracia estándar, como la de los alrededores; no como la de nuestros sueños de marzo. En este punto, también, la nostalgia es un error, salvo que sirva para evaluar si lo que tenemos vale lo que nos hemos dejado atrás. O, también, lo que con las fuerzas de unos y otros era posible o no. Como dice Sartori, cuando “democracia” se define de manera irreal, nos resulta imposible encontrar “realidades democráticas”.

El sueño de marzo y el tiempo de la Transición, como le pasó a la República de abril, tuvieron mala suerte con su tiempo. Aunque quizás, con otro, todo hubiera acabado de igual manera. Empezó con las consecuencias de la crisis del petróleo del 73 –y, de hecho, marzo se explica en buena medida como respuesta de aquello: aquel decreto de congelación salarial de noviembre de 1975, del primer gabinete presidido por el monarca- y siguió con un gran cambio político en los años ochenta: el que supuso la llegada al poder de los conservadores (Thatcher, Reagan). Era también una “revolución”, aunque fuera conservadora. Lo cierto es que cambió el mundo, hasta influir después en los gobiernos liberales (a la (norte)americana), laboristas y socialdemócratas que les sucedieron. Liberalizar, privatizar y jibarizar lo público fue su dogma.

En nuestro país, la penetración de esta oleada universal también se dejó notar. Lo hizo, nuevamente, de manera aparentemente contradictoria. Cuando la Transición llegó más o menos a su fin, cuando se hizo posible un relevo en el gobierno, sin traumas, de manera que lo pasara a presidir un político socialista, la democracia parecía estar ya en un punto de no retorno. La ducha escocesa del 23-F nos dejó vacunados ante los involucionistas. Así que cuando los socialdemócratas iniciaron la gran tarea de modernizar el país –aquellos “jóvenes nacionalistas”, que dijo la prensa norteamericana-, hicieron a un tiempo una reconversión industrial que costó cuatro billones de pesetas y que dejó a miles de trabajadores y a comarcas enteras en el paro y/o en la necesidad de buscar otro futuro, junto a una universalización de los derechos y servicios públicos básicos (educación y sanidad). Parecía que una cosa no iba con la otra, pero la arrolladora fortaleza semántica del término “modernización” amalgamó cualquier atisbo de contradicción. Se caminaba hacia delante con pasos prácticos y reales, y se pasaba por encima de lo que obstruía ese supuesto inevitable trasunto: de la reconversión industrial a la desaparición de los “Celtas” o del orujo casero de alambique no registrado. La modernidad era también dogma.

De otra parte, la democracia suponía también el establecimiento mediante consenso y mediante el peso de la fuerza de las instituciones democráticas. La democracia tuvo que imponerse sobre las veleidades involucionistas de los nostálgicos ya del viejo régimen. Pero también tuvo que hacerlo –y lo hizo, de hecho- ante las propuestas de democracia alternativa que habían vivido su primavera en los años de vacío de legitimidad institucional, cuando entre 1976 y más o menos 1980 no se sabía qué iba a prosperar y en qué sentido. La democracia y legitimidad de la institución municipal se impuso a la alternativa de las asociaciones vecinales, como la democracia sindical y de los comités de empresa lo hizo sobre la asamblea y la representación revocable, o la democracia representativa de diputados y senadores (y mucho más) sobre cualquier expresión de democracia directa.

Lo institucional fue cubriendo el espacio, asegurando, por un lado, un nivel de derechos, libertades y servicios sin parangón, y reduciendo, por otro, todo el campo de actuación que una sociedad entusiasmada con el cambio y febrilmente participativa se había apropiado en los instantes de incertidumbre entre el final de un tiempo y el principio de otro.

En el territorio de la cultura se puede confirmar esa aparente contradicción. Si en algún ámbito tuvo una consecuencia patente la experiencia del 3 de marzo en Vitoria fue en la emergencia en esta ciudad, durante los años finales de los setenta y en los ochenta, de una cultura juvenil, vitalista, independiente y de una extraordinaria capacidad creativa. Quizás el marchamo final de “cultura del autonomismo” –de aquella autonomía obrera de aquel marzo- no sea sino un apelativo feliz que sintetiza en la dimensión política tanto como deja fuera. (También el llamado “Rock Radical Vasco” era una manera de decir que decía y simplificaba en exceso). No es que quienes participaron de ella fueran “autonomistas enragés”, enfrentados a todo lo que oliera a institución; pero sí que fue ése el aroma final que destiló la época. De la Asociación de Artistas Alaveses al gaztetxe, pasando por el Máskara, el Resiste (y sus precedentes Euskadi Sioux o Araba Saudita), Hala Bedi, los Hertzainak, la eclosión del cómic y del fanzine, las procesiones ateas o la pelea por un espacio y un tiempo enfrentados a la ordenanza municipal, todo o casi todo fue un choque con lo institucional donde prevaleció la capacidad creativa de la sociedad de ese tiempo. La institución estaba ahí, pero no se hacía cultura estando colgados de ella. Parecía como si todo fuera parte evanescente de algo que cobraba sentido solo viéndolo como un todo, como una cultura de un lugar y de un tiempo (esta vez sí: Vitoria sí fue un modelo. Basta comparar y confrontar el autonomismo antisistema o crítico con el sistema, muy político, de esa cultura local con la movida madrileña o de otros lugares, tan ingeniosa y disolvente, pero menos confrontada). Se trataba de una concepción de la cultura inmediateista, que solo ha cobrado sentido político cuando se la analiza retrospectivamente pasados los años. En el tiempo en que se produjo, era también la acción por la acción, la creación satisfecha porque satisfacía la necesidad y el ímpetu de crear.

Pero con la cultura y con la sociedad pasó lo mismo que con otras realidades. El ardor juvenil fue atemperándose con los años, con las drogas, con la negrura del paro y de la reconversión, con la sociedad vasca gris que fue la de los ochenta –que se creaba de nuevo de la nada, pero que seguía siendo gris-, con la frustración de una realidad democrática que no daba solución a anhelos tan profundos que igual no podía abastecer. Quizás porque la felicidad viva en un sitio distinto que la política. Lo cierto es que la vitalidad social menguó y que, en paralelo, creció el mapa de influencia de lo institucional. En aquel entonces había más planes aun que ahora. Las

instituciones se dotaron de “políticas culturales” que tuvieron por consecuencia, al menos, la alineación (¿alienación?) de iniciativas y de creadores a unos planteamientos más precisos y acabados, y a un presupuesto determinado (en su doble acepción, intencional y económica), así como la posterior generación de infraestructuras y artefactos culturales que acabaron justificando aquel presupuesto (otra vez, en su doble acepción) casi en su totalidad. Ahora vivir al margen y hacer actividades culturales fuera de las instituciones sí que constituía un problema; al punto de que rechazábamos y criticábamos que el recurso institucional no llegara para todos y nos permitiera con su subvención seguir manteniendo nuestra iniciativa. Pero en los ochenta eso no pasaba todavía; aún había vida fuera del presupuesto. Se estaba dispuesto a ello.

A la vez, tanta “publicación”, tanta entidad de lo público, no dejaba de esconder una paralela privatización. En la democracia de partidos, los gestores públicos son individuos privados que manejan y dan cuenta de sus actuaciones con lo colectivo. Están sometidos a controles como en ningún otro procedimiento, pero no dejan de ser individuos particulares, como no puede ser de otro modo (si se ha desechado o perdido de vista la autogestión). Así, en la medida en que la institución cubre casi todo el campo y la sociedad resigna su jurisdicción hasta hacerla minúscula, inapreciable, lo público ha privatizado cualquier actividad... haciéndose cargo de la misma. Parece un juego de palabras, pero hay una semántica precisa en todo ello. En la medida en que el “mercado cultural” se ha restringido al ámbito y decisión del servidor público y no existen otros potentes alternativos y paralelos, la dependencia de las decisiones de señoras y señores concretos, de carne y hueso, es más absoluta que en ninguna otra ocasión. Ése es el acertijo de nuestra decadencia. También es la solución: basta echar las culpas al empedrado (institucional) para salvar la responsabilidad particular por la indisposición a cobrar protagonismo en cualquier faceta de la actividad privada o pública. Definitivamente, si ésta es la cuestión, aquellos jóvenes hiperactivos de los ochenta, hoy, nos hemos hecho viejos.

La privatización de la vida y de lo anteriormente público se hizo patente en otros países durante la década de los ochenta; aquí solo se vio clara en los noventa. La inicial privatización industrial que daba lugar a nuevas sociedades de servicios, ese paso de la “cultura de Altos Hornos” a la “cultura del Ikea”, se amparaba en el manto justificativo de la modernización, de la confluencia con Europa, de lo que se esperaba de nosotros como país. Lo que ocurre es que como país resultaban demasiado abstractos el empeño y el sacrificio; fue por eso que se pusieron de moda realidades más abarcables y tangibles: las ciudades. Esta pequeña parte de nuestras vidas empieza en marzo del 76 o en el final relativo de la Transición, pasa por el revolcón

generacional de aquel referéndum de la OTAN que perdimos en 1986 –el ocaso definitivo de nuestras ilusiones juveniles- y termina en los fastos barceloninos y sevillanos de una Olimpiada y una Expo. El país, a través de sus ciudades “periféricas”, se mostraba al mundo y recibía de éste la legitimidad de ser otro más entre los nuevos modernos.

En ese escenario de fastos pre-postmodernos y de ciudades espectáculo, la cultura se mostraba cada vez más como el sustitutivo de la política. Si la política dejaba de tener lugar, engullida o reducida en su espacio por una progresiva privatización, si la política cada vez tenía menos dónde ocurrir, la cultura constituía un ámbito donde aplicar el poder, en competencia entonces con una activa y fortalecida sociedad civil. Ésta no desapareció, sino que fue suplantada por la representación, y cuando la representación entró en crisis y ya no era capaz de relacionar al creador con el público, todo se vino abajo. Entonces, la cultura entendida como recurso, con instrumentos de tamaño superlativo (Guggenheim, grandes espacios, grandes inversiones), internacionalizada y atravesada por intereses y gestiones empresariales, se impuso a la cultura tradicional articulada en términos clásicos de identidad. Lo global –no lo internacional- triunfaba definitivamente sobre lo local. El catálogo de recetas que se imponía en lo político –modernización-desideologización-expresarización-privatización-desresponsabilización-desregulación- estaba también en lo cultural. Habían cambiado al tiempo el marco general, los dispositivos, y las actitudes particulares de los ciudadanos, las disposiciones. En solo diez años se había recorrido un enorme trecho, se había pasado de un tiempo a otro radicalmente distinto.



## Transición y memoria histórica

Mikel Toral

Muchas veces me he preguntado por qué durante la Transición no se abordaron los asuntos de la llamada memoria histórica. ¿Por qué el advenimiento de la democracia en 1977 no exigió la reparación de las víctimas del franquismo, desde las primeras de la feroz represión de postguerra hasta las de los últimos coletazos del régimen?

¿Por qué no se exigió el castigo a los culpables de tanta represión a lo largo de cuarenta años? ¿Por qué han pasado más de treinta años para que un gobierno se atreviese a promulgar una ley de Memoria histórica?

¿Qué pasó durante los primeros años de la democracia para no pedir cuentas a la precedente dictadura? ¿Hubo un “pacto de olvido”, como dicen algunos?

Digámoslo con toda crudeza: en 1977 no estábamos para desenterrar fosas, sino para recuperar y luego retener la incipiente y frágil democracia.

No quiere decir esto que se nos había olvidado de repente la represión franquista y sus responsables. En absoluto. Pero si asumimos que la ruptura no fue posible entonces, tendremos que aceptar que en ese momento tampoco había fuerzas para revisar el pasado.

La aceptación de la reforma suponía la del paquete completo: en el mismo lote aceptamos la bandera, la monarquía, algunos privilegios de la Iglesia católica, el statu quo de los enriquecidos y favorecidos por el franquismo, y otras cosas más.

Aceptábamos la reforma como punto de partida para ir minando los privilegios y desigualdades heredadas. Porque, aunque lo intentamos hasta el último momento, lo de la ruptura con un “Gobierno provisional democrático y elecciones totalmente libres”, convocando consecutivas “huelgas generales políticas”, muy pocos lo secundaron.

¿Qué podíamos hacer?

No recuerdo que entre las numerosas consignas que habitualmente se coreaban estuviese ninguna en relación a las víctimas del franquismo. Lo más cercano a esto era la reivindicación de la amnistía o la de “disolución de los cuerpos represivos”.

Y la petición de amnistía tenía más que ver con el olvido que con la reparación. Amnistía para sacar a los presos políticos de las cárceles, borrar sus antecedentes penales y poder construir una democracia en paz.

No recuerdo a nadie hablar tan siquiera de indemnizaciones en ese momento (luego sí): aspirábamos a recuperar la libertad y a vivir en paz.

La verdad es que no estaba en nuestras jóvenes mentes revolucionarias que la amnistía iba a servir también para librar a los carceleros, torturadores y represores del franquismo. Pero así ocurrió. La ley de amnistía equiparaba

a represores y reprimidos. Era una ley de borrón y cuenta nueva.

¿Cabía otra opción?

En España no pasó nada distinto de lo ocurrido en otros países después del final de sus respectivas dictaduras.

Ni en Argentina (Ernesto Sábató), ni en Sudáfrica (Desmond Tutu), a pesar de sus “Comisiones de la verdad”, hubo unos juicios parecidos a los de Nuremberg, en los que tampoco se juzgaron a todos los colaboradores del nazismo.

En Argentina hubo que esperar a diciembre de 2007 para que se dictase en Buenos Aires la primera sentencia contra militares. En Sudáfrica, en 1990, Nelson Mandela, jefe del Congreso Nacional Africano (ANC), fue liberado después de 27 años de estar en prisión. Después de su liberación comenzó el proceso de negociación entre el ANC y el Partido Nacional (NP), que estuvo en el poder de 1948 a 1994. El NP se declaró fuertemente a favor de una amnistía general, mientras que numerosos miembros del ANC de Mandela insistían en llevar a los funcionarios blancos a juicio con reglas similares a las de los procesos de Núremberg. Ni lo uno ni lo otro. Tan solo se creó la Comisión para la verdad y la reconciliación presidida por Desmond Tutu, con sus luces y sus sombras.

En la España de 1977 –cuando las elecciones las ganaba la derecha de la UCD dos veces seguidas– teníamos las fuerzas justas para abrir y luego ensanchar el cauce de la democracia, no para revolver el pasado.

Hubo que esperar al año 2008 para que en España se promulgase la primera ley de memoria histórica. Eso no quiere decir que las atrocidades de la dictadura habían quedado en el olvido. Por supuesto, los crímenes del franquismo estaban en nuestra memoria, pero en 1977 no parecía que era el momento de saldar las cuentas con el pasado, por muy doloroso que hubiera sido. Era prioritario ganar el presente para conquistar el futuro.

Porque era obligatorio e inteligente mirar al futuro y soñar con vivir en un mundo más justo y en libertad.

Pero una cosa es no haber tenido las fuerzas suficientes para la ruptura con el pasado y otra es el olvido o, lo que es peor aún, la revisión interesada de la historia a través de la memoria manipulada. Por eso hemos publicado el libro “La calle es nuestra”, como testimonio de la transición en Euskadi, para que no nos roben la historia, nuestra historia, ni tirios ni troyanos.

Del mismo modo que algunos revisan la historia del franquismo edulcorándola e igualando a los dos bandos para intentar echar paladas de olvido sobre sus innegables atrocidades, otros lo están haciendo con la reciente historia de Euskadi.

Todos tratan de reescribir la historia para nublar la memoria incluso de los que la han vivido y sufrido.

La lucha de la gente en la calle es importante, sin duda, pero tanto o más, como ya nos enseñaron, es la lucha de las ideas. Es la lucha por el relato, este libro da cuenta de lo que ocurrió a través de unas magníficas fotos del archivo de Mikel Alonso, de los certeros textos de Gaizka Fernández Soldevilla y de los complementarios de Antonio Rivera y Santiago Burutxaga.

Ahora sí, no hay excusa, es necesaria la reparación y memoria con todas las víctimas, las del franquismo y las de nuestra historia más reciente.



# Los despachos laboristas en el proceso de transición política (1970-1985)

**Ignasi Doñate Sanglas (Abogado laborista. Socio de la AMHDBLL)**

La associació per la memoria historica i democratica del Baix Llobregart en su web publicó este artículo en el número 10 de su revista Memoria antifranquista dedicada en este caso a la contribución de los abogados laboristas a la lucha por la democracia. Gracias al trabajo de recopilación histórica de Paco Ruiz Acebedo, presidente, y demás miembros de la asociación podemos recordar y homenajear a los abogados laboristas que en los oscuros años del franquismo pusieron su trabajo y conocimiento al servicio de los trabajadores.

Para muchos de los jóvenes estudiantes de derecho de los años 70 el ejemplo de los despachos laboristas fue nuestra referencia vocacional. Sirva este artículo para dar testimonio de su lucha, especialmente para recordar a los abogados de Atocha y particularmente a los abogados Pedro Ibarra Guell y Juan Luís Ibarra del famoso despacho de Maximo Aguirre de Bilbao, donde encontré refugio después de un incidente en la Universidad de Deusto, a Begoña Zabala que pasó un tiempo por el barrio obrero de Otxarkoaga, a Elvira Posada que conocí en Barcelona y a Paquita Sauquillo reputada abogada madrileña con la que compartí militancia política en la transición.

Mikel Toral

## Introducción

Voy expresamente a referirme a “despachos laboristas” y no simplemente a “abogados laboristas”. De abogados laboristas los hay y los habrá, de hecho hay una asociación española que agrupa a un sector de ellos, a la mayoría de los cuales no conozco. Como anuncia su web “hablan de trabajo”. El colectivo de “despachos laboristas” al que me refiero hablaba de servicio de los trabajadores, a los principios democráticos, a las libertades nacionales de las diferentes naciones del Estado, al socialismo, a la unidad y autonomía de la clase obrera. Se trataba del núcleo de despachos colectivos que entre los años 1970 a 1985, centrados en la defensa de trabajadores como motivo, desempeñaron una función profesional y política en el marco general de la llamada transición política española. El fenómeno de los despachos laboristas lo veo aparecer a finales de los años sesenta y, muy especialmente a primeros de los setenta, cuando el régimen franquista se encontraba en su última etapa biológica y empezaban a aparecer las diversas “familias” del régimen que optaban por su continuidad. A pesar de ello, el proceso era de un declive imparable, incapaces estos sectores de dar respuesta a la demanda de liberalización del mercado interno, por un lado, y a las demandas generalizadas de una democratización que permitiera acceder al poder político mediante procesos electorales propios de las

democracias parlamentarias. Debo indicar en honor a la verdad, que mi percepción y relato, como persona nacida en Cornellá de Llobregat, en la comarca del Bajo Llobregat, vienen condicionados y enriquecidos por mi aproximación al movimiento obrero que se desarrolló en esta comarca en el período comprendido entre los años 1966 y 1980; por mi opción de ejercer como abogado laboralista justo acabada la carrera universitaria, por mi condición de miembro de la “Coordinadora Estatal de Abogados Laboralistas”; por mi condición de abogado defensor ante el Tribunal de Orden Público, el originario y el posteriormente rebautizado como Audiencia Nacional; por mi pertenencia a las comunidades cristianas de base de Cornellá y a los movimientos católicos; por mi militancia en las comisiones de barrio de mi ciudad y por mi participación en las múltiples plataformas antirepresivas y de solidaridad que, a pesar de su carácter puntual, suponían por el carácter represivo del régimen y por las opciones políticas que se abrían en el proceso de transición, un trabajo continuado y permanente durante aquellos años.

### Antecedentes sociales

Los conflictos obreros de finales de los cincuenta, especialmente en Cataluña, Asturias y el País Vasco, estuvieron directamente relacionados con el proceso inmediato posterior a la apertura económica iniciada con la Ley de Convenios Colectivos de 1958. Se iniciaba un proceso de liberalización económica, en el que se reconocía la conveniencia de establecer condiciones laborales en función de las estrategias de cada empresa o sector productivo, lo que implicaba el reconocimiento de la iniciativa empresarial y obrera en el proceso de negociación colectiva. Era la década de los cincuenta, de grandes procesos migratorios hacia Europa o hacia las zonas urbanas de Madrid o Barcelona. Por aquellos años Cataluña recibía procedente del Sur prácticamente un millón de habitantes, atraída por el proceso de industrialización. En aquella década los municipios del entorno metropolitano de Barcelona doblaron su población. Se estaban poniendo las bases sociales de lo que 68 más adelante, a finales del franquismo, se hablaría del “cinturón rojo” de Barcelona, especialmente referido a la comarca del Bajo Llobregat.

### Los primeros laboralistas en Barcelona

En Barcelona, los primeros abogados laboralistas que conocí en la década de los sesenta fueron Antoni Cuenca Puigdemívol, Francesc Casares Potau y August Gil Matamala. Eran abogados que, individualmente y sin tener todavía las plataformas que más tarde constituirían los “despachos laboralistas”, se pusieron al servicio de las capas más desfavorecidas de la población y se posicionaron al servicio exclusivo de trabajadores, faltos por

entonces de representación y defensa en el marco del sindicato único y vertical. Estos abogados eran una expresión de los colectivos sociales y políticos que más fuertemente apuntaban contra el régimen: los cercanos a la inspiración católica manifestada en la fuerza significativa de las organizaciones cristianas obreras (HOAC, JOC y ACO) y los procedentes de la nueva oposición política organizada, por aquel entonces protagonizada por el PCE y por el PSUC en Cataluña. Antoni Cuenca era un laboralista exponente de la importancia de los primeros movimientos obreros cristianos, alrededor de los cuales se vehicularon en Cataluña buena parte de las primeras formas de organización contra el régimen franquista. August Gil Matamala, dirigente del PSUC en aquella década, se hacía cargo de una buena parte de la defensa de conflictos canalizados por trabajadores simpatizantes o pertenecientes a la órbita de PSUC. Cuenca, Gil y Casares coincidieron en convertirse cada uno de ellos en formadores de nuevos abogados laboristas que progresivamente pasaban a atender la creciente demanda de profesionales que atendieran a los trabajadores en los conflictos obreros cada día más frecuentes, conflictos que debían ser asesorados fuera del marco del sindicato vertical franquista. Buena parte de los despachos laboristas que se fundaron en Barcelona en la década de los años 70 se constituyeron por abogados que en su día se iniciaron con o al lado de Cuenca, Gil o Casares. Los tres fueron en Cataluña los que pusieron las primeras piedras de un modo de ver la profesión al servicio de los más desfavorecidos. De ellos surgirían posteriormente los tres sectores de abogados laboristas de la transición: los de inspiración cristiana, más cercanos a grupos independientes o anarquistas, los del entorno del PSUC representado a partir de los 70 en Albert Fina y Montserrat Avilés y un tercer sector de abogados de izquierda, de diverso signo político o independientes, pero agrupados por el hecho de no compartir la línea política o las formas de actuación del comunismo organizado mayoritariamente en el PCE o en el PSUC.

### Los despachos laboristas

Mi primer contacto directo con un despacho laborista fue en Cornellá, con motivo de la división interna de sus miembros Albert Fina, Montserrat Avilés, Francesc Gallissà, Jordi Oliveres y otros. Era por el año 1971 o 1972, en un despacho de la Plaza Canfaso, en el que como espectador, recién licenciado y sin ejercicio, asistí al fuerte enfrentamiento verbal y dialéctico entre el sector de Albert Fina -arropado fuertemente por trabajadores del PSUC de la comarca- y el sector de Gallissà, Manté y Oliveras. De esta discusión se derivó el cierre de aquel despacho –se mantendría el colectivo de Fina/Avilés- y el nacimiento de lo que en el tiempo llegaría a ser el “Col·lectiu Ronda”. Era mi bautismo de fuego en el complejo mundo

“políticosindical-social-profesional” de los despachos laboralista y mi primera aproximación a las distintas opciones de defensa de trabajadores que se estaban abriendo en función de las distintas estrategias sindicales y de las relaciones del movimiento obrero organizado con las organizaciones políticas de aquel entonces. Al margen de discrepancias ideológicas o políticas, mi opción como laboralista fue la que en aquel momento se derivaba del proceso de liberación social, sindical y política que se vivía en el tardo franquismo. Parecía la opción más normal, la más acorde con los tiempos, al margen de las evidentes dificultades que ello conllevaba a nivel personal, de implicación social, de inseguridad y de precarias perspectivas económicas. A tomar esta opción ayudaba el alto nivel de consideración personal y profesional de la mayoría de los abogados laboralista conocidos, que renunciaban a un enfoque personal de la profesión. Tuvimos la suerte de vivir unos años de gran intensidad: movilizaciones obreras, sociales, universitarias, grandes debates ideológicos, largas noches de debate político, la constante aparición y desaparición de nuevos y viejos partidos, de nuevas y viejas opciones sindicales. De la utopía de la unidad del movimiento obrero a la pluralidad de opciones sindicales, de la utopía socialista al “qué menos” que la democracia parlamentaria, de la “Llibertat, Amnistia i Estatut d’Autonomia” a la criminalización del independentismo y al “café para todos” como salida por la tangente de una España supuestamente plural. Unos procesos que marcaron los límites de una actuación profesional dedicada exclusivamente al movimiento obrero, popular y antirepresivo. Un movimiento obrero que era la punta de lanza en la lucha contra el régimen económico y político del franquismo y que tuvo su máximo exponente en la fundación en Barcelona de Comisiones Obreras el año 1964, como movimiento unitario. Este mismo año ya se reunían las Comisiones Obreras del Baix Llobregat en una parroquia de Cornellá y el año 1966 ya se presentaron a las elecciones del sindicato vertical franquista en una clara estrategia de “utilización” de dicha estructura como plataforma logística. El año 1967 fueron detenidos 42 de sus miembros en otra parroquia de mi ciudad. La utilización 69 de los llamados “medios legales” y su significación política fue uno de los aspectos claves de la progresiva aparición de tendencias en el seno del movimiento obrero, llegándose al punto de constituirse el año 1972 una segunda coordinadora de CCOO en el Bajo Llobregat. La división política no impidió que en los conflictos obreros de los primeros años 70 se mantuviera la unidad de acción, bajo la dirección de la coordinadora mayoritaria de CCOO. Mi inicio como abogado laboralista coincide con las huelgas generales en el Bajo Llobregat de la Elsa y de Laforsa; los conflictos de Corberó, Tuperin, Vidrieras Masip, PirelliWamba, Cláusor, Siemens o Solvay. En un entorno social de lucha por la canalización del río como solución a las reiteradas inundaciones que

padecía Cornellá, de huelgas contra la carestía de la vida, de acciones en los institutos contra la Ley de Educación, de luchas en los barrios en solidaridad con los conflictos obreros y por sus problemas específicos denunciados desde las “Comisiones de Barrios y Fábricas”. La pluralidad sindical se consolidó finalmente el año 1976 a nivel estatal y ello repercutió seriamente en las opciones que se discutían en el Bajo Llobregat: aparecen la UGT y la CNT y en un fuerte debate interno Comisiones Obreras se constituye en sindicato. Así pues, a pesar de la unidad de acción, la pluralidad sindical se instauró en el Bajo Llobregat en el marco de fuertes resistencias políticas y sindicales.

### Del “Grupo de Abogados Laboralistas” a la “Coordinadora Estatal de Despachos Laboralistas”

Desde finales de los años 60, abogados de izquierda fuera del marco de la ideología comunista mayoritaria del PCE, se venían reuniendo informalmente y periódicamente para compartir experiencias profesionales y analizar los conflictos sociales y obreros que se daban en las diversas zonas del Estado donde tenían incidencia. Ya muerto Franco, con las diversas expectativas de la izquierda comunista y no comunista y con el establecimiento de la pluralidad sindical, el mes de abril de 1976 se establecieron las bases constitutivas del “Grupo de Abogados Laboralistas”, aprobadas por las distintas zonas del Estado que por aquel entonces se venían coordinando: Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Navarra, Valencia y Logroño. En el “Grupo” coincidían abogados fuera de la órbita del PCE, del PSOE y del PTE y de inicio se rechazaron los despachos dependientes exclusivamente de una organización política, cualesquiera que fuere. El Grupo se definía como integrado “por abogados laboralistas de despachos colectivos”, que se consideraban “instrumentos al servicio del movimiento obrero de cada zona”, que se planteaban “el análisis crítico y el enfrentamiento con la legalidad burguesa”, en el proceso de “lucha por la revolución socialista”. Como objetivos, el grupo se centraba en intercambiar experiencias de organización interna de los despachos y de cómo participaban en los mismos las clases trabajadoras. Se procuraba profundizar en las cuestiones sindicales y en la unificación de criterios en la lucha antirepresiva, excluyendo literalmente el objetivo de elaborar una línea política o de pretender unificar la diversidad política e ideológica existente entre sus miembros. El objetivo general era el de coordinar las actividades de los despachos de las distintas plataformas de zona, entre las cuales destacaban las de Cataluña y Euskadi. Como contribución a la memoria casi histórica –no han transcurrido todavía cincuenta años desde entonces- debe indicarse que a este grupo de abogados del año 1976 se sumaron otros de diversas zonas, ampliándose la coordinación a abogados

de Andalucía, de Castilla y de Galicia. De este modo se llegó a coordinar en el tiempo y en distinta forma – de acuerdo con la información de que dispongo y sin la pretensión de que sea completa- más de 60 despachos laboristas –ver Anexo 1- en el que trabajaron más de 130 abogados –ver Anexo 2- , sin contar con el resto de miembros de los mismos despachos – economistas, graduados sociales, administrativos...- que eran considerados como miembros activos de los diversos colectivos, en igualdad de condiciones que los propios laboristas. El “Grupo” se convirtió pronto en la “Coordinadora Estatal de Abogados Laboristas” y sus postulados se concretaron el año 1979 en los llamados “cinco puntos de Bilbao”, que explicaban de qué manera “los despachos pretendían estar al servicio del movimiento obrero en su lucha en todos los terrenos para la consecución del socialismo”. El marco de trabajo de los despachos era el de la “autoorganización de la clase obrera”, por lo que se entendía que “cualquier iniciativa de lucha, de acción, de organización, debe partir del mismo movimiento obrero”. Los “cinco puntos de Bilbao” eran la plasmación de cómo los despachos veían el movimiento obrero organizado en su proceso de lucha por el socialismo, puntos que a modo de resumen se concretaban en: 1.la lucha por la UNIDAD del movimiento obrero desde la base. 2.la INDEPENDENCIA del movimiento como consecuencia del proceso de autoorganización. 3.la GLOBALIDAD como marco de integración de las luchas económicas, políticas, culturales...gestionadas desde las asambleas como única instancia de decisión. 4.la DEMOCRACIA DE BASE O DIRECTA, bajo cuyo principio las decisiones debían ser adoptadas por los propios afectados, mediante representantes o delegados revocables. 5. el ANTICAPITALISMO como máxima expresión de la lucha autónoma de la clase trabajadora contra el sistema capitalista. Como conclusión, los despachos coordinados se situaban al margen de las centrales sindicales y de los partidos políticos, en su lucha por la UNIDAD en el seno de la clase obrera y en la potenciación de la DEMOCRACIA DIRECTA contra el sistema capitalista. Por ello los despachos se declaraban abiertos a cualquier trabajador, sin encerrarse en los postulados referenciados, por lo que se decían abiertos a desarrollar su servicio técnico de acuerdo con las circunstancias de consolidación de la lucha de la clase obrera. La Coordinadora se mantuvo activa hasta mediados de los años ochenta. Durante este período aproximado de quince años los despachos se manifestaron públicamente en algunas ocasiones. Los postulados ideológicos comunes permitieron que se redactaran y firmaran “circulares” conjuntas referidas básicamente a las disposiciones que dibujaban el nuevo marco de relaciones laborales. Asimismo se llevaron a cabo actuaciones conjuntas de defensa de trabajadores y en la defensa de represaliados políticos en muchos juicios ante la Audiencia Nacional hasta llegar al

Tribunal Europeo de Derechos Humanos, actuaciones judiciales en las que participaban diversos despachos coordinadamente. Entre los conflictos laborales más importantes recuerdo la intervención en el juicio por 42 despidos de trabajadores de FASA-RENAULT, de Valladolid -junio de 1975- y el conflicto de ROCA RADIADORES de Gavá, de los años 1976-1977. Sobre ellos poco se ha escrito, pero de su sólo relato se desprenden fácilmente las diversas opciones sindicales planteadas en los mismos, así como la función integral de apoyo que los abogados laboristas prestaron al movimiento obrero en aquellos conflictos.

### Epílogo

Con el tiempo, la consolidación de las nuevas estructuras sindicales y la instauración de la democracia parlamentaria dejaron sin espacio político los “despachos laboristas” clásicos, cualesquiera que fuera su orientación. También la Coordinadora Estatal quedó sin espacio de desarrollo. La pérdida de las referencias ideológicas en el marco de la “socialdemocracia” y las renunciadas políticas que conllevó el proceso de transición política situaron los “despachos laboristas” en el “margen” de la historia recién. Algunos de los abogados laboristas más reconocidos ya no se encuentran entre nosotros, otros se reciclaron como profesores universitarios y otros abandonaron el ejercicio de “abogado laborista” por no responder a las circunstancias sociales y económicas actuales. Finalmente, otros han adaptado sus estructuras profesionales a las nuevas exigencias sociales y técnicas. Aun manteniendo en algunos casos la función básica de asesoramiento laboral, algunos de estos despachos se han abierto a las nuevas formas del movimiento cooperativista, a las nuevas exigencias ecológicas, a la defensa de personas criminalizadas por sus posiciones nacionalistas o por sus posiciones sociales alternativas, a la problemática de la inmigración o a la defensa de colectivos corporativos. La experiencia de los “despachos laboristas” es irrepetible en cuanto se desarrolló en el marco de la transición política posterior al franquismo. Pero el patrimonio acumulado con las especiales relaciones que se establecieron entre profesionales del derecho y el movimiento obrero, como punta de lanza del cambio político, ahí queda. En la actualidad otros procesos de cambio están en marcha. Ya con distintas formas, sin el halo de los “despachos laboristas” de la transición y en el ámbito de la era de la globalización, otros profesionales siguen haciendo de su trabajo, hoy y ahora, como se hizo antes, un servicio integral a los desposeídos, presos, marginados, inmigrantes, olvidados de la historia, comprometidos en la lucha por la igualdad de género, en la lucha por la autodeterminación de los pueblos y por un proceso democrático en retroceso por razones internas y globales. De ellos también será la historia, pues son los que atienden las nuevas

realidades de explotación los nuevos tiempos y no quieren perderse la experiencia, la locura, de ser agentes, unos más pero agentes al fin y al cabo, de los procesos de cambio o de transición a un mundo mejor y posible. ¡Alguien habrá que lo escriba!



# Cuarenta años después. Los fusilamientos del 27 de septiembre de 1975

Gaizka Fernández Soldevilla (Doctor en Historia.

<https://gaizkafernandez.wordpress.com>)

## Los fusilamientos de Txiki y Otaegi

La actuación de un topo de los servicios secretos, Lobo, permitió que las FCSE prácticamente desarticulasen a ETApM en el verano de 1975. Tres polimilis fueron sentenciados a muerte, aunque a uno de ellos, José Antonio Garmendia (Tupa), se le conmutó la pena capital por cadena perpetua porque sufría graves secuelas cerebrales por una herida de bala. No así a los otros dos, Juan Paredes Manot (Txiki) y Ángel Otaegi (Azpeiti), a los que se acusaba de haber asesinado a un policía durante un atraco en Barcelona. ETApM estudió la posibilidad de liberarlos, pero el plan fue frustrado por la detención del comando.

Al igual que en anteriores ocasiones, toda la oposición antifranquista preparó una masiva campaña de movilizaciones para salvar la vida a los miembros de ETApM condenados a muerte, que compartían tal suerte con siete integrantes del FRAP. En el País Vasco las fuerzas antifranquistas declararon una huelga general desde el 28 de agosto al 3 de septiembre, que tuvo bastante incidencia en Guipúzcoa. Por ejemplo, el día 2 pararon en dicha provincia unos 33.800 trabajadores (cifra oficial). En la manifestación que recorrió las calles de San Sebastián el 31 de agosto Jesús María García Ripalda, militante del MCE, murió por los disparos de un policía de paisano. Hubo nuevos paros el 11 y el 12 de septiembre. Además, las protestas se extendieron por casi todas las capitales europeas. También a nivel institucional: la ONU, la Comunidad Económica Europea y el papa Pablo VI pidieron clemencia a Franco. El 26 de septiembre el Consejo de Ministros acordó seis indultos, pero confirmó cinco sentencias de muerte.

Al día siguiente, el 27, fueron fusilados los polimilis Txiki y Otaegi y tres militantes del FRAP: José Luis Sánchez Bravo, José Humberto Baena Alonso y Ramón García Sanz. Las reacciones no se hicieron esperar. Tras expulsar al embajador español, el Gobierno de Méjico pidió que se suspendiera la pertenencia de España a la ONU, mientras una docena de países, entre los que se encontraban Gran Bretaña y Holanda, retiraron sus representantes en Madrid. Las embajadas españolas de diferentes puntos de Europa, como la de Lisboa, fueron atacadas.

El mismo 27 de septiembre se convocó una huelga general de tres días de duración en el País Vasco, que, a pesar del estado de excepción declarado en Vizcaya y Guipúzcoa, fue respaldada por unos 200.000 trabajadores (datos de la oposición). De acuerdo con las autoridades franquistas, durante el mes

de septiembre Guipúzcoa se había visto agitada por numerosos paros auspiciados por “la gran campaña propagandística desatada en esta Provincia por los diferentes partidos y organizaciones políticas de la oposición”. El día 29 no acudieron a su puesto unos 47.500 trabajadores en Guipúzcoa (cifras oficiales), territorio en el que se pusieron 625 multas por valor de 25 millones pesetas, si bien algunas fueron posteriormente indultadas. El seguimiento en las otras provincias vascas fue menor. Al calor de estas movilizaciones ETA y su entorno crearon KAS.

El 1 de octubre de 1975 la dictadura organizó en la plaza de Oriente una concentración para apoyar al “Caudillo”, quien apareció en público muy debilitado. Sus palabras reflejaban lo lejos que se encontraba de la realidad: “Todo lo que en España y Europa se ha armao obedece a una conspiración masónico-izquierdista, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social, que si a nosotros nos honra, a ellos les envilece”. Ese mismo día los GRAPO asesinaron a cuatro policías en Madrid, su primer atentado terrorista, que presentaron como una “represalia” a las ejecuciones de los dos integrantes de ETApn y los tres del FRAP.

El 20 de noviembre de 1975 Francisco Franco murió en la cama. Su sucesor al frente de la Jefatura del Estado era el rey Juan Carlos I. A priori, nada hacía esperar grandes cambios en el régimen, por lo que la oposición antifranquista no mostró ningún entusiasmo. Aquella opinión se vio reforzada por la confirmación en su puesto del presidente Arias Navarro. Sin embargo, se trataba de los primeros y muy titubeantes pasos de una nueva etapa histórica: la Transición.



# Revolucionarios, antifranquistas, demócratas

Mikel Toral

Lo que viene a continuación es una valoración de nuestras experiencias como revolucionarios en el tiempo del tardofranquismo y la Transición, surgida de las reflexiones posteriores que hemos hecho. Mi tesis principal es que, aunque nos sentíamos revolucionarios (de todas las tendencias posibles: nacionalistas, comunistas, trotskistas, maoístas, libertarios...), éramos fundamentalmente antifranquistas, combatíamos contra la dictadura y ansiábamos las libertades democráticas. El argumento lo avala el hecho de que, en su mayoría, quienes alimentamos aquellos –quizás por suerte- frustrados sueños revolucionarios -¡cuánto había de antidemocrático en ellos!- nos incorporamos a la que despectivamente llamábamos democracia burguesa y la defendimos, algunos con su vida, sin renunciar a una mejora radical de la misma.

Unos más tarde que otros, no todos, fuimos trasladando nuestros apoyos a partidos de corte reformista. Es cierto que en Euskadi el trasvase de adhesiones, dado el espejismo revolucionario que se mantuvo en los años ochenta, fue más lento que en el resto del país. Y también es verdad que, los menos de los nuestros, se deslizaron por la pendiente del revolucionarismo sangriento, (re)incorporándose a ETA o creando organizaciones como Iraultza (1981). Algunos pagaron esa dudosa elección con su propia vida.

Este fue, en síntesis, el itinerario de muchos y muchas desde los años sesenta a la actualidad: revolucionarios, antifranquistas y, finalmente, demócratas.



Confundir las proclamas revolucionarias que hacíamos en aquellos tiempos con las prácticas mayoritariamente pacíficas y no violentas de los antifranquistas nos puede inducir hoy a errores de valoración. Si reparamos en nuestros escritos de entonces, su prosa incendiaria, los programas fundacionales maximalistas o las propias denominaciones tan pomposamente revolucionarias -OR(revolucionaria)T, LAI(Iraultzaile)A, LCR(revolucionaria), EI(Iraultzaile)A...- se podría llegar a pensar que nuestro objetivo era sustituir una dictadura por una formulación política cerrada y, en ese sentido, escasamente democrática.

Pero hay que considerar el contexto de ese momento, de los años sesenta y setenta del siglo XX. Vivíamos dos crisis superpuestas: una derivada de los cambios sociales del mayo del 68 y otra consecuencia de la crisis económica mundial del petróleo que tan duramente afectó a España. Y todo ello en el marco de la fuerte represión desatada por la dictadura franquista en su tramo final, tratando de responder a una presión múltiple de fuerzas sociales y políticas.

En el contexto de ese mundo en cambio, la praxis política dividía a los reformistas de los revolucionarios. Los primeros eran grupos que, como el PCE, el PSOE o el PNV, partidos entonces envejecidos, pero con experiencia y tradición democráticas, defendían la consecución gradual de las libertades y los inevitables pactos con los herederos del franquismo. Ellos protagonizaron en parte la reforma pactada, la Transición. En el otro lado estábamos los revolucionarios, partidos nuevos, emergentes e insurgentes (MC, LCR, ORT, PTE, EHAS...), formados por una nueva generación de jóvenes que radicalizaban sus discursos y planteaban la ruptura y los cambios revolucionarios. ¿Nos suena? Quizás siempre ha sido una cuestión más generacional que ideológica.



En la teoría estos defendían ardientemente la violencia revolucionaria, pero en la práctica no pasaron de los cocteles molotov defensivos, que en la mayoría de los casos daban lugar a pocos efectos y consecuencias.

Pero más allá de esos dos grandes grupos estaban los también revolucionarios y abiertamente partidarios de la violencia. Defendían que a la violencia de la dictadura se la combatía con la violencia del pueblo, del proletariado, de las masas o de lo que fuera. Esa fue la respuesta de los extremismos nacionalistas (las diversas ramas de ETA), de izquierda (FRAP, GRAPO) y anarquistas (MIL), que tomaban como referencia las luchas de liberación de Cuba, Vietnam, Argelia...y que coincidían en el tiempo con otros nuevos grupos violentos europeos como las Brigadas Rojas, Acción Directa o la Baader- Meinhof; el caso del IRA sería distinto.

Para los numerosos jóvenes del “baby boom” la realmente atractiva era la retórica revolucionaria. Nos fascinaba la imagen del Che, Ho Chi Ming o Mao, aunque hoy parezca increíble. Volvían las imágenes épicas de la derrotada revolución española: la Pasionaria y su “más vale morir de pie que vivir de rodillas”, la imagen de las Brigadas Internacionales, los gudaris en su caso...

A mi modo de ver, todo ello, las rotundas siglas, los anagramas con sus diversas versiones de la hoz y el martillo, los épicos nombres de sus órganos de prensa (Combate, Servir al Pueblo, En Lucha, El Correo del Pueblo, Forja Comunista...) o de sus juventudes (Joven Guardia Roja, Unión de Juventudes Maoístas, Euskadiko Gaztedi Gorria, Iraultza Taldea...), y sus programas de máximos basados en una interpretación marxista leninista trasnochada, elaborada habitualmente por universitarios bienintencionados salidos de familias acomodadas, no fue más que un ejercicio teórico (y retórico) para desmarcarse del “reformismo realista” del PCE del que algunos habían surgido y al que disputaban la hegemonía en el seno de la izquierda. Lo mismo que pasaba en el campo nacionalista vasco donde el mundo político de ETA (HASI, EHAS, LAIA...) trataba de superar a su matriz referencial, el PNV. Era más ropaje que contenido. Puede que como ahora.



No niego que algunos se lo creyeron –nos lo creímos- a pies juntillas y que pensaban que después de una etapa de democracia burguesa vendría la Democracia Popular y, finalmente, el Socialismo (así, con mayúsculas) y la sociedad sin clases. Un imaginario no muy lejano del de las ensoñaciones cristianas, tan abundantes en los pasados de muchos “cuadros” de estos partido y tan lógico si tenemos en cuenta la influencia de la superpoblada nómina de sacerdotes en el País Vasco. Todos nos proclamábamos “el verdadero partido de la clase obrera” y trabajábamos por “la reconstrucción del verdadero Partido Comunista de España”.

Era enfermizo nuestro afán por monopolizar y hacernos con los movimientos populares, lo que daba lugar a otra nueva “sopa de siglas” de organizaciones especializadas en diferentes ámbitos o intervenciones: Unión de Liberación de la Mujer, Frente Democrático de la Mujer, Sindicato Unitario, Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores... Cada cual con la suya, pero, eso sí, todos muy unitarios.

Tales esforzados intentos por ser la vanguardia de la clase obrera nos llevaban a serias y absurdas disputas a la vista de nuestros patrocinados. Ahora es difícil entender la profusión de siglas revolucionarias de entonces, pero, en ese momento, tampoco era fácil para los jóvenes militantes distinguir las diferencias entre, por ejemplo, los maoísmos de ORT, EMK o PTE, partidos basados en oligarquías reducidas con un gran culto a la personalidad de su correspondiente líder. Solo se daban fusiones cuando era demasiado tarde, cuando la realidad las dictaba casi como condena o estéril tabla de salvación. Así pasó con la ORT con el PT o con el MC con la LCR. Algo habrá de congénito a la cultura política de la izquierda porque han pasado cuarenta años y seguimos en muchos casos igual.



Estos fueron algunos de nuestros errores: sectarismo, falta de realidad, maximalismo... Pero también es justo reconocer el esfuerzo y la entrega de aquellos militantes, que exploraron y abrieron con su empuje nuevos caminos y campos para la democracia. Desde una común intención emancipadora dieron voz e impulso a colectivos tradicionalmente excluidos o invisibilizados, como los LGTB, las mujeres, los jóvenes, los llamados presos sociales, las minorías étnicas y lingüísticas...

En esa medida, en el campo de los nuevos movimientos sociales, dejando aparte el movimiento obrero, destacó especialmente por su importancia y centralidad la incorporación de la mujer a la vida política activa y al conjunto del movimiento ciudadano. La participación de éstas en las nuevas organizaciones era relevante, tanto en número como en su presencia en los órganos directivos. Destacadas mujeres lideraron organizaciones de la izquierda radical, como Paquita Sauquillo de la ORT, Pina Lopez Gay, secretaria de la Joven Guardia Roja, o Rosa Olivares, dirigente del EMK de Bizkaia, entre otras muchas.



Volviendo a la pregunta de inicio: ¿éramos demócratas los revolucionarios? Tan demócratas como podíamos serlo en plena dictadura franquista. ¿Estábamos dispuestos a todo para conseguir nuestros objetivos? Aparentemente, sí. Nos habíamos educado en aquello de que el poder nace de la punta del fusil y que el capitalismo era un tigre de papel. Sin embargo, la lucha absolutamente pacífica por las libertades, a unos más tarde que a otros, nos fue llevando a aceptar los principios de la democracia:

Queríamos una transición con un gobierno neutral, pero participamos y, de alguna manera, avalamos las elecciones de 1977, donde nos presentábamos en desventaja como agrupación de electores, dado que estábamos todavía ilegalizados.

Queríamos una Constitución más progresista, pero nos abstuvimos o incluso dimos un sí condicional.

Revindicábamos el derecho de autodeterminación, pero acabamos aceptando los estatutos de autonomía.

Luchábamos por la autonomía obrera y por el control obrero de las empresas, pero fortalecimos los sindicatos de clase, participamos en las sucesivas elecciones sindicales y acabamos celebrando el Estatuto de los Trabajadores.

Según aceptábamos la realidad impuesta por las urnas, revisábamos nuestras creencias revolucionarias. ORT y PTE desaparecieron en 1980; MCE y LCR en 1994. Otros, fundamentalmente el entorno de ETA, se aferraron durante decenios a sus proclamas ultrarrevolucionarias y acentuaron su fundamentalismo sangriento conforme se asentaba la democracia; incluso se aplicaron a atentar contra la misma. Pero eso es ya otra historia.

Los que entendimos que la revolución no era posible, ni quizás deseable, luchamos con todas nuestras fuerzas encuadrados en esos fugaces partidos de corte revolucionario, pero supimos aceptar las reglas del juego democrático a pesar de que jugamos con desventaja frente a los grandes partidos reformistas, que en algunos casos habían pasado de puntillas por la lucha antifascista, aunque no por eso sus mensajes dejaron de ser más asumibles para la gente.

Sin embargo, la pregunta al cabo del tiempo es otra: ¿hubieran sido posibles las reformas sin el empuje de los revolucionarios? Estoy convencido de que no. Quizás no se trataba tanto de hacer la revolución en el mundo occidental, pero todos y todas queríamos que, por ejemplo, el fruto de nuestro trabajo se repartiera con más igualdad y justicia. ¿Eso nos hacía reformistas o revolucionarios? Chi lo sa!